

CURSO BÁSICO DE CÁBALA

por **Eduardo Madirolas**

www.lacabaladelaluz.com

e-madirolas@hotmail.com

Lección 6: EL RAYO RELAMPAGUEANTE

“Diez Sefirot de la Nada.

*Su visión es como la apariencia del rayo
y su límite no tiene fin”
(Séfer Yetsirá 1:6)*

El diagrama del Rayo Relampagueante tiene una estructura en zigzag que desciende desde lo Inmanifestado hasta la parte más densa de la Manifestación.

¿Qué es el Rayo Relampagueante?

Es el sendero de la creación.

Es el descenso del poder desde la fuente inmanifestada hasta el estado de máxima separación; desde el punto más alto al punto más bajo del Árbol de la Vida.

Kéter es una Sefirá que mira hacia las dos direcciones.

La parte superior mira hacia arriba, lo inmanifestado.

La parte inferior mira hacia abajo, lo manifestado.

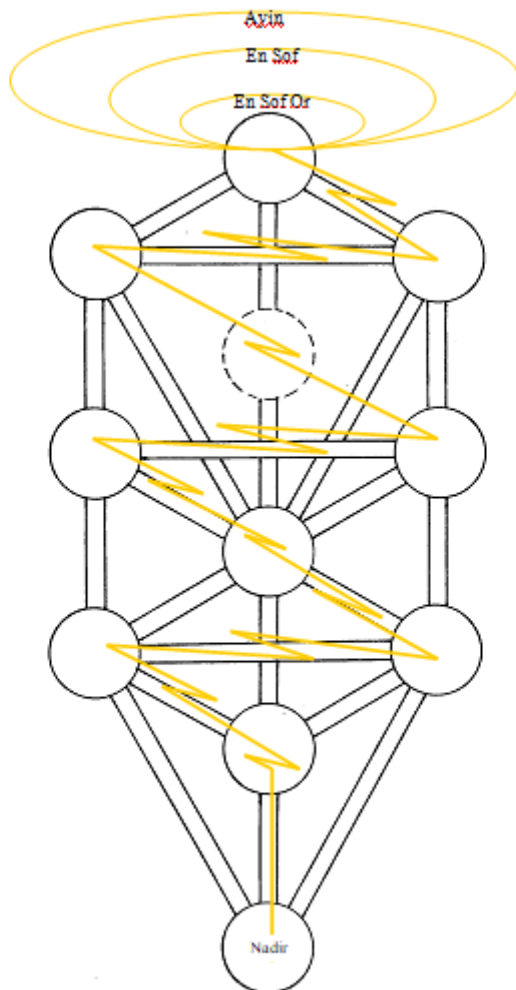
Por eso en las representaciones antropomórficas de la divinidad siempre se visualiza a Kéter de perfil, con un solo rostro: la cara que mira hacia la manifestación. No vemos la cara que mira hacia lo inmanifestado.

La Cábala considera que la Realidad total se presenta bajo dos caras o facetas: una manifestada, que es lo que llamamos existencia positiva; la segunda inmanifestada, la existencia negativa. Esto desde nuestro punto de vista como seres manifestados. Desde el punto de vista superior, la existencia negativa es el estado de Absoluto y es la verdadera realidad. La existencia positiva es una existencia relativa, ilusoria.

No estamos instaurando con ello un tipo de dualismo, ya que ambos términos son relativos el uno al otro. La Realidad incluye tanto al ser como al no ser. De hecho, como vemos, se considera al primero como una función del segundo más que a la inversa. La verdadera Realidad no está manifestada como tal, en su estado de plenitud absoluta. La manifestación no es un estado diferente, sino un estado contraído, limitado, restringido, de la primera.

Nosotros no podemos tener ninguna concepción ni imagen sobre lo absoluto, por lo que, como punto de partida, utilizamos unos conceptos base, a modo de velos o cortinas, que son: la nada (Ayin), el infinito (En Sof) y la luz infinita (Or En Sof), para poder representarnos de alguna manera algo referente a ese estado sin condiciones.

Los tres estados primigenios reciben el nombre de “velos de la existencia negativa”. Son los velos puestos delante de lo absoluto. Son el fondo último que nos



permite percibir algo delante de ellos: la manifestación. El proceso es metafóricamente análogo a la percepción de la luz sobre el fondo de la oscuridad de la noche.

Vamos a poner sus nombres en hebreo para que se vea cómo cada nuevo estado añade un término más al anterior, lo cual no se refleja bien en castellano:

- אין AIN: La nada (negación)
- אין סוף AIN SOF (pronunciado En Sof): El infinito, la ausencia de límites
- אין סוף אור AIN SOF AUR (Pronunciado En Sof Or): La luz infinita

Hay que tener en cuenta que la dualidad entre existencia y no existencia, vacío y ser, existencia negativa y existencia positiva es algo que se da a todos los niveles: mente y cuerpo, espíritu y mente, etc.

¿Existe, por ejemplo, la mente desde el punto de vista del cuerpo?

Nadie la ha encontrado porque desde el punto de vista del cuerpo está en estado de existencia negativa.

Eso es justamente lo que entendemos por existencia negativa: algo que está no manifestado directamente, sino que se manifiesta por medio de la existencia positiva. Ésta sería el vehículo o cuerpo de manifestación de la existencia negativa.

En cada plano ocurre del mismo modo: desde el punto de vista de “abajo” es como si la realidad de “arriba” no existiera. Pero desde el punto de vista de ésta, la suya es la verdadera realidad, y el plano de abajo tiene una existencia condicionada, relativa.

¿Cuál es el estado fundamental de la Realidad?

No lo sabemos. Nada de lo que podamos hablar, concebir. Le llamamos “la Nada (Ayin). Ahora, si tuviéramos que definirlo de alguna manera, diríamos que el modo de existencia de esa nada es un infinito, algo que no tiene ni fin ni límite alguno (que es lo que literalmente significa En Sof, no límite).

Hay que entender el Ayin como un estado de plenitud absoluta, incondicionada. No hay que verlo como una nada vacía en el sentido negativo del término, tal como nosotros solemos figurárnoslo, como un estado terrorífico de aniquilación. De hecho es una nada absolutamente positiva, en el sentido de estado de máxima energía potencial, de máximo de potencialidades.

En Sof, Infinito, es el nombre usual que se da a Dios en la Cábala, y no se trata precisamente de un estado en que aparece como personalidad, el cual corresponde a un nivel ya en la manifestación. Concretamente el nivel explícitamente manifestado en el texto bíblico corresponde a Tiféret en el mundo manifestado más elevado. Al nivel en el que ahora nos encontramos, no podemos todavía hablar de identidad o de personalidad al modo usual, pues estamos en un plano de cualidades absolutas.

A este nivel, el lenguaje tiene que ser por fuerza figurativo, metafórico. Diríamos entonces que en la esencia del modo de ser infinito está el desbordarse o irradiar por su propio estado de superabundancia, y esto es lo que llamamos la Luz Infinita: Luz sin límites, Or En Sof. La Luz Infinita es la verdadera sustancia de la creación.

El proceso, descrito a un nivel simbólico, es como sigue:

La luz infinita concentra un punto (un punto de infinito) que llamamos Kéter. Kéter es para la manifestación la fuente de luz. Es decir, desde el punto de la manifestación, nosotros vemos la parte de Kéter que irradia la Luz Infinita.

Podemos hacernos una idea de lo que representa el punto de infinito de Kéter si mentalmente invertimos el proceso de expansión del universo. Conforme éste se va contrayendo aumentan los valores de densidad de masa/energía y temperatura hasta alcanzar valores infinitos en lo que se llama la singularidad inicial, es decir, el estado puntual que estalla en el big bang.

También podemos imaginar a Kéter como un pequeño agujero en el seno de lo Inmanifestado por el que surgen a borbotones riadas de Luz Infinita.

Es necesario notar que al hablar de luz infinita no nos referimos todavía a la luz del primer día de la Creación, según la narración del Génesis, que ha sufrido más restricciones. Los siete días de la creación están por debajo del abismo. El primer día corresponde a Jésed y así sucesivamente:

1 ^{er} día	Jésed
2 ^o día	Guevurá
3 ^{er} día	Tiféret
4 ^o día	Nétsaj

5° día	Hod
6° día	Yesod
7° día	Maljút (descanso, el Shabat)

Ése es el orden del Rayo Relampagueante.

Después del punto tenemos la línea. La extensión del punto de infinito de Kéter es Jojmá, la esfera de movimiento puro o donación pura, ya en el estado de extensión, en el estado de manifestación.

Si Kéter es el punto de infinito, Jojmá sería el big bang.

Jojmá es la extensión de Kéter. Todo lo que manifiesta Jojmá se halla contenido en Kéter en estado de semilla.

Ahora bien, la fuerza, si fluye infinitamente, no crea nada. Tiene que ser recibida de alguna forma, tiene que ser detenida, encontrarse consigo misma; tiene que ser organizada, y eso es Biná.

En realidad no existe tal cosa como una línea recta. El rayo de energía adquiere una ligera curvatura constante porque debido a la polaridad inicial entre inmanifestación y manifestación, siempre hay presentes dos fuerzas: la fuerza que tiende a la manifestación y la que tiende a volver al estado inicial inmanifestado. Ésta tiende de alguna manera a oponerse a la primera, pues busca retornar al reposo inicial, y como la fuerza inicial es imparable (porque si no hay nada, ¿cómo se la va a parar?) el efecto es el de ejercer una resistencia – como si se generara una fuerza en ángulo recto con la anterior – lo que hace que la fuerza manifestante, en lugar de fluir en línea recta, se curve.

Evidentemente, todo esto hay que entenderlo a un nivel muy metafórico. Estamos hablando de aspectos muy filosóficos y en un lenguaje muy abstracto. Su papel es educar a la mente, no dar una verdadera explicación.

El movimiento, cuando es un movimiento de *nada* que se está moviendo, porque todavía no hay nada, no tiene ningún tipo de rozamiento, y como no tiene ningún tipo de rozamiento no se puede detener. Sin embargo sí que se ejerce una cierta presión en el sentido contrario, tal como hemos visto, con lo cual el camino que sigue es una línea curva. El resultado final es como un gran anillo que termina por encontrarse consigo mismo. Es cuando se forma este anillo cuando se cierra el círculo de Biná. Entonces el movimiento empieza a interactuar consigo mismo y se genera la forma, la estructura.

La forma en sí no es nada, la forma es fuerza organizada.

Como se sabe, la masa y la energía constituyen un continuo y se transforman mutuamente la energía en masa y la masa en energía. Masa es aquí equivalente de forma. Energía de fuerza. En general, toda la forma, todas las estructuras – átomos, núcleos, moléculas – cuando se rompen liberan energía.

Dijimos antes que la Luz Infinita es la verdadera sustancia de la Creación. Todo lo que no es luz es un contenedor de la luz o vasija. Pero ésta, a su vez, no es otra cosa que otra fase de la luz que interactuando consigo misma se ha configurado en una forma definida estable. De un modo u otro, todo es luz.

Surge una pregunta: ¿Dónde tienen lugar todos estos procesos que estamos describiendo? Este es otro punto difícil que hay que abordar ahora. Es el concepto de la contracción – Tsimtsum en hebreo –.

Significa que sí Dios (el Infinito, En Sof) no se contrajera, si no se retirara de sí mismo, metafóricamente hablando, no habría lugar para la creación.

Con el Tsimtsum Dios crea un espacio dentro del cual, por así decir, se oculta. Si no efectuara esta contracción, todo estaría completamente lleno de Él y no habría sitio para nada más. Todo revertiría inmediatamente al estado inmanifestado. Allí estaría siempre bañado en la luz pura, pero no se habría creado absolutamente nada puesto que todo es lo absoluto, todo es Dios, y no hay nada que no pueda ser Él.

La contracción, es decir, la retirada por parte de Dios el Absoluto de una parte de sí mismo, crea un vacío y esta vez si estamos hablando de vacío en el sentido negativo usual.

Es en este vacío en donde todos los mundos son emanados, creados, formados, y hechos¹. Es a este vacío que se ha creado al que desciende después el rayo de luz única. El rayo de luz que llamamos el Rayo Relampagueante.

En un principio las Sefirot son emanadas como puntos, como puras potencialidades de recibir. Son puntos inconexos entre sí, simplemente vasijas. ¿Qué ocurre entonces?

Como puras maneras de recibir (porque son incapaces de dar) no tienen relaciones unas con otras. Entonces, no pueden soportar la afluencia de luz que reciben y se rompen. Se produce lo que se conoce como “la ruptura de las vasijas”, que es el siguiente paso del proceso.

¿Por qué se rompen las vasijas? Porque algo que sólo sea vasija es lo más opuesto que hay a la luz. La luz es puramente dadora y la vasija es puramente receptora.

En el plano espiritual no hay espacio ni tiempo, que son los factores separadores de las cosas en el plano físico. Las diferencias vienen expresadas por las diferencias de fase o modo de vibración. En el plano espiritual dos cosas que vibran en la misma fase simplemente son iguales. Y lo que no está en la misma fase de vibración es diferente.

Podemos entonces preguntarnos cuál es la esencia o vibración característica de la luz.

O, dicho de otra manera, ¿cuál es la característica principal de Dios, aquélla de la que estemos seguros?

Probablemente el amor o la misericordia. Dios es el Creador y la Creación es un acto gratuito. ¿Qué necesidad tiene Dios de crear el mundo? Lo Absoluto no tiene necesidad de nada. Sí Dios tuviera necesidad de expresar algo, ya no sería Dios. Sería otro estado, otra cosa, no lo Absoluto. La Creación es, pues, un acto de donación. Dios es el que da. Por otra parte, lo que Dios da es a Sí Mismo. ¿Hay alguna otra cosa?

Examinemos más de cerca el proceso:

Si como seres creados nosotros no podemos dar realmente nada al Creador sino sólo recibir sus dones. ¿Cuál sería la situación?

Se presenta una contradicción, ya que realmente lo que queremos recibir es la característica de ser divinos, la característica de Dios, que es dar. Nuestra propia naturaleza de receptores nos separa radicalmente del Creador, vibramos en diferencia de fase, luego estamos separados, somos distintos.

Podemos mentalmente imaginar un estado primordial, un estado de En Sof, en el que absolutamente todo está bañado en la Luz Infinita, la luz del Creador. Allí, todo deseo está absolutamente satisfecho, y no hay ninguna ausencia, ni ninguna carencia de nada. Sin embargo, ese estado es para nosotros absolutamente frustrante, profundamente contradictorio, ya que somos absolutamente receptores, estamos en la fase contraria a la de la luz.

En la vida cotidiana, cuando el dar y recibir no es simétrico, cuando uno sólo recibe y quiere también dar, pero el otro no necesita nada y no hay nada que se le pueda

¹ Que son los cuatro mundos de la Cábala.

dar, se genera un sentimiento de vergüenza en el receptor. En Cábala se dice que estamos comiendo el pan de la vergüenza.

Para eliminar el sentimiento del pan de la vergüenza (que es, metafóricamente hablando, nuestro estado inicial en En Sof de estar recibiendo constantemente) nos vaciamos de la luz (para merecerla), descendemos hasta el punto mas bajo (el plano material), y entonces empezamos a llenarnos de luz con nuestro propio esfuerzo, transmutando nuestro deseo de recibir en deseo de dar, que es lo que nos asimila a la fase del Creador.

Nosotros, como seres físicos, como seres que estamos encarnados en este momento necesitamos constantemente estar recibiendo: necesitamos comer, recibir atención, afecto, relación sexual... Tal es la naturaleza de la inteligencia corpórea.

Pero lo único que nos puede asimilar de verdad a la divinidad es asumir la fase dadora. Nuestra tarea consiste entonces en transmutar en deseo de dar ese deseo de recibir intrínseco en nuestra naturaleza, y esa es la verdadera espiritualidad.

La persona auténticamente espiritual es la que ha conseguido transmutar su deseo de recibir en deseo de dar. Y esto sin anular el deseo de recibir, porque simplemente no se puede matar al cuerpo ya que habríamos fallado el objetivo. Aquí es donde aparece el Pilar del Medio: tenemos que recibir porque si no recibimos tampoco podemos dar. Recibir para dar, que es compartir.

Volviendo al relato mítico de la Creación:

De nuevo: si la característica de la luz es dar, una pura vasija receptora es lo más opuesto a ella. Por lo tanto, las vasijas primordiales no pueden soportar la afluencia de la Luz infinita y se rompen.

Los fragmentos caen a los mundos inferiores – al vacío – y esos fragmentos son el origen de las fuerzas negativas (puro deseo de recibir para sí mismas).

Por supuesto, todo este proceso está planificado, no es algo caótico. En cábala el mal juega un papel en el mundo. Si no existiera el mal, tampoco existiría el bien. El papel del mal en este mundo es actuar de contrapeso del bien. Si no hubiera mal no habría libertad, no habría posibilidad de elección, y si no hubiera posibilidad de elección (eliminación del sentimiento de comer el pan de la vergüenza mediante el mérito), no habría posibilidad de recuperar el estado divino (dar en y con libertad). La Caída del ser humano del estado edénico es una repetición de este proceso y recordamos la promesa “y seréis como dioses”. Como todo en la Biblia hay que reinterpretarlo, liberándolo de la explicación exclusiva en términos de premio y castigo.

Tras la ruptura de las vasijas las sefirot son emanadas de nuevo, pero esta vez en sus relaciones mutuas, en la forma de los tres pilares: dar, recibir y compartir. De esa manera pueden ser dadoras y receptoras, y subsistir. Este tercer paso – tras el tsimtsum y la ruptura de las vasijas – recibe el nombre de mundo de la rectificación o del Tikún.

La Tierra es el símbolo de la máxima voluntad de recibir, y de aquí que el Génesis en el segundo versículo dice: “La tierra estaba desordenada y vacía”, con lo que se está refiriendo al proceso de la ruptura de las vasijas. Éstas, en su caída, arrastran consigo determinadas chispas de luz, porque incluso el mal necesita la luz para subsistir (si no tuviera algo de luz simplemente no existiría). Parte de nuestra actividad como seres humanos consiste en recuperar y volver a elevar las chispas caídas.

La caída no afecta para nada a las tres Sefirot superiores, sino exclusivamente a las siete inferiores, lo cual aparece codificado en el Génesis en un pasaje que dice: “Y estos son los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes de que hubiera un rey sobre los hijos de Israel”.

Y nombra a siete reyes. La tierra de Edom es la tierra del mundo desequilibrado – la tierra desolada y vacía - y “antes de que reinara un rey sobre los hijos de Israel”, se refiere al mundo restaurado del Tikún, a la configuración de las siete sefirot inferiores en el Rostro Menor y la Shejiná, porque Israel es siempre un símbolo de Tiféret.

Así, la nueva emanación es el Espíritu de Dios (Rúaj Elohim) que aleteaba sobre la superficie de las aguas, que se refiere al paso del Rayo Relampagueante por Daát.

Daát está en medio del Abismo, pero en principio es un estado unificado. La separación y ruptura de Daát tiene lugar con la caída del Hombre/Mujer arquetípicos, lo cual se narra en el segundo capítulo del Génesis (el árbol del conocimiento, o sea, Daát, etc.) El Hombre y la Mujer son representaciones del Rostro Menor y la Hembra, las seis sefirot centradas en Tiféret y Maljút, el hijo y la hija. Daát es como el hijo malogrado de Chokmah y Biná, que son el padre y la madre.

Daát, donde estaban Maljút y Tiféret, que en ese momento, antes de la caída, eran como uno, es el estado a recuperar.

Cuando el Rayo Relampagueante atraviesa Daát, el proceso empieza a tener una forma reconocible para nosotros. Tiene lugar el primer día de la creación: “y dijo Dios que se haga la luz y la luz fue”, que corresponde a Jésed.

Podemos trazar un paralelismo con lo que se entiende hoy en día acerca de la creación del universo físico.

Hemos hablado del big bang como modelo del principio. La luz surgió un millón de años después del big bang.

¿Qué hay justo después del estado que corresponde a “en el principio”? Lo que es llamado “la sopa de partículas elementales”, es decir, un estado bastante caótico en el que todo lo que es emitido es inmediatamente absorbido.

Mientras el universo se va expandiendo, va perdiendo temperatura. Llega un momento en que el universo es lo suficientemente “frío” como para que los fotones de luz dejen de ser absorbidos por la materia, y toda la luz es emitida de golpe (y eso es lo que se conoce como el nombre de radiación fósil). Todo ello antes de que existan átomos, ni mucho menos de que existan estrellas o galaxias.

A la pregunta de cómo el Génesis habla de la luz antes que de las estrellas y las luminarias, que son las fuentes de luz (y que corresponden al cuarto día, Nétsaj) hay que responder que la teoría cosmológica actual dice lo mismo, que la luz fue emitida primero. Y ésta es la luz de Jésed, la luz del primer día.

Aunque aquí estamos hablando de la luz espiritual, no existe una discontinuidad con la luz física que sería su manifestación en un nivel último de desarrollo.

En el proceso arquetípico que estamos desentrañando, en el estadio de la luz de Jésed todo se halla todavía en un nivel superior de unidad. El texto hebreo dice concretamente: “fue noche y fue mañana, día uno (yom ejad)”. Día uno y no día primero, que se diría yom rishón. Y de hecho, en los demás días se usa la numeración ordinal: día 2º, día 3º, día 4º, etc.

Se enfatiza de ese modo la unidad. No hay todavía separación, porque la separación tiene lugar el segundo día: “Y dijo Dios: Que haya una separación entre las aguas superiores y las aguas inferiores”.

Este segundo día corresponde al estado de Guevurá. En el plano físico se tiene el estado uniforme de partículas y de materia que se ha creado, una vez que se ha emitido la luz, y en el que de repente se producen pequeñas discontinuadas gravitatorias, de manera que se empiezan a desarrollar cúmulos de masas que van a ser las protogalaxias, protoestrellas, y posiblemente otros objetos cósmicos.

Vuelve a haber separación entre las aguas (la sustancia primordial) es decir, un espacio entre medias. Por cierto, en este segundo día de Guevurá, no dice Dios que “era bueno”. La narración de los demás días siempre termina de esa forma y en Tiféret, el tercer día, se afirma dos veces.

Quizá sea conveniente recalcar, antes de seguir adelante, que aunque estamos hablando a un nivel muy abstracto, este modelo es el camino de toda creación. El Rayo Relampagueante se aplica a todo, a cualquier proceso. Y el secreto está en que todo brota en última instancia de lo inmanifestado. La causalidad es de arriba abajo, aunque de estos primeros niveles somos por lo general inconscientes. Cuando se nos ocurre una idea, por ejemplo, vemos la idea, pero no de dónde viene. Normalmente la empezamos a percibir en Jésed. Las ideas que no pasad de Daát, que no cruzan el abismo de nuestra subconsciencia, no llegan a materializar absolutamente nada.

En el tercer día el Rayo Relampagueante alcanza un punto de reposo, un punto de equilibrio. Dios dice: “que se reúnan las aguas en el lugar uno y aparezca lo seco”.

Y en el esquema cosmológico el proceso paralelo es cuando se produce esa reunión de materia que va a dar lugar a las aglomeraciones tipo galaxia, tipo estrellas, soles, o sea, el estado Tiféret de la materia y energía.

Tiféret en general representa el estadio de la esencia realizada, la idea concebida y especificada, pero todavía al nivel de idea. Empieza entonces la fase de expresión de esa idea hasta que alcanza forma concreta en Maljút.

En Nétsaj, estos campos estelares aún sin formar empiezan a unirse en aglomeraciones de materia constituyendo protoestrellas, y en un momento dado, por la fuerza de la gravedad, aumenta la temperatura y empiezan las reacciones nucleares: la estrella empieza a alumbrar, la estrella se ilumina. Esto correspondería al cuarto día de la creación en el que Dios dice: “Que aparezcan las luminarias en el cielo”.

En Hod, esfera de la multiplicidad de las formas, dice Dios en el quinto día: “Que aparezcan sobre la tierra peces en el agua, aves volando por el cielo”. En la versión simplificada del proceso cosmológico correspondería a cuando empiezan a formarse con la evolución estelar los átomos complejos, los cuerpos planetarios, las atmósferas planetarias, y en última instancia el dominio combinatorio de la química.

En Yesod ya tendríamos la posibilidad de vida, aparecen las moléculas orgánicas, se habrían formado las condiciones, tendríamos una biosfera formada. Todavía no hay cuerpos. Sin embargo, ya hay aminoácidos, empiezan a desarrollarse cadenas que después se cierran, luego empiezan a reaccionar autónomamente: son las primeras protoformas de vida.

En el Génesis, en el sexto día, se habla concretamente de la creación de animales, animales terrestres: ya tenemos una forma de vida evolucionada. Después aparece el hombre, a imagen y semejanza de la divinidad: la evolución alcanza el nivel de la conciencia reflejada que culmina en la autoconciencia. Es la compleción de todo el proceso. Se crea como el resumen del Árbol de la Vida, el papel de receptáculo de todas las emanaciones, la forma final.

En Maljút, en el séptimo día, hay descanso y reposo, es decir, todo llega a su estado de máxima estabilidad y al mismo tiempo de inercia. Reposo en el sentido de que la energía se queda latente y deja de ser activa para crear niveles esencialmente nuevos.

Hemos querido presentar un bosquejo de modelo cosmológico simplificado en paralelo con el esquema descrito al principio del Génesis para ejemplificar una fórmula general: la fórmula de la creación. La tesis es que este proceso, siendo arquetípico, no ocurrió una vez, sino que está sucediendo siempre. En cada momento el Rayo Relampagueante está descendiendo y ascendiendo.

Queda así esbozada una fórmula general del proceso creativo; una fórmula que liga en un rayo de luz única la esencia más alta, lo inmanifestado, con la fase más desarrollada del proceso terminado.

Es una fórmula que se aplica tanto al surgimiento de un cosmos como a la realización de un proyecto concreto, de una obra artística, o al diseño y manufactura de un objeto físico cualquiera (veremos una aplicación después para el desarrollo psicológico). Es también el fundamento del hecho “mágico”, porque el proceso es reversible y aquél que sabe cómo unir la voluntad individual a la Voluntad Suprema se hace co-creador, “capaz de transmitir el influjo que corona a los Deseos y esencias Ocultas² con el modo de la Sabiduría, el espíritu del Entendimiento y el poder del Conocimiento”³.

Podemos utilizar el Rayo Relampagueante para alcanzar objetivos o simplemente conseguir algo⁴:

² O sea, Kéter en unidad con lo Absoluto Inmanifestado.

³ Shaar HaKavanah LeMekubalim HaRishonim (La Puerta de la Kavanah de los antiguos cabalistas). Probablemente de Rabí Azriel de Gerona. Citado de Meditación y Cábala. Kaplan. pag 135.

⁴ En la lección siguiente se da una meditación guiada para trabajar intenciones.

Primero es la determinación de lo que queremos conseguir, algo que vemos como un bien para nosotros. ese bien lo concebimos en Jésed. Por supuesto las fases anteriores (tres supremos) existen, lo que pasa es que están a un nivel más inconsciente. Las visualizamos simplemente como luz, una luz resplandeciente que ilumina toda la Creación y en particular va a descender a nosotros iluminando y plasmando nuestra intención. Cuando el Rayo cruza Daáth, cuando cruza el abismo, es cuando tomamos conciencia de que queremos eso.

Jésed es la fase de la **determinación**, el impulso de voluntad.

Empieza la **discriminación** en Guevurá. Empezamos a dilucidar qué es lo que queremos de verdad: ¿Es esto que ahora se nos presenta lo que responde de verdad a nuestro deseo? ¿Cómo lo queremos? ¿Nos conviene?

Es el análisis, el juicio que tenemos que hacer de la situación, y un aspecto muy importante es el siguiente: ¿Es correcto? ¿Es justo?

A veces eso depende de cómo planteamos la cuestión. Supongamos que mañana tenemos una entrevista de trabajo. No sería correcto que intentáramos actuar sobre una persona concreta – un posible competidor – y sobre su entrevista, pero sí que lo hiciéramos sobre la nuestra propia en el sentido de que nuestras mejores cualidades salieran a relucir, porque entonces estamos trabajando sobre nosotros mismos.

Cuando ya tenemos la idea clara de lo que queremos estamos en Tiféret. Es la fase de la **concepción**. En la práctica nos representamos la idea como ya realizada, aunque en un plano abstracto todavía, es decir, le falta el cuerpo concreto de su actualización en Maljút que es lo que nos proponemos trabajar a continuación: bajar la idea a tierra.

En Nétsaj hay que energizar, poner emoción – es la fase de **motivación** – tenemos que implicarnos emocionalmente, tenemos que activar con la energía del deseo, tener una actitud positiva, sin poner nosotros mismos los obstáculos, sin bloquear.

La fase siguiente es de **planificación**, fase de Hod: aquí se delinear los detalles. Hay que recorrer mentalmente la situación, y lo hacemos lo más exactamente que podamos, con los detalles sensoriales más vivos que seamos capaces, representándonos nuestras emociones y las de las posibles personas implicadas lo más fielmente posible, y siempre tal como está sucediendo en presente, ni en pasado ni en futuro. Estamos fuera del tiempo, el tiempo como tal sucede a un nivel inferior.

Yesod es la fase de **culminación**. Hemos alcanzado un punto en el que la forma está acabada, como una película que se ha concebido, diseñado, rodado y montado, sólo que en el plano astral. Se ha terminado el proceso activo y tenemos el producto final energéticamente cargado con su propio impulso de manifestación hacia Maljút.

Entonces tenemos la sensación de que efectivamente va a suceder. Experimentamos como un tipo de retroalimentación que se recibe de la imagen concebida que hemos creado. Es un sentimiento de certeza. De que efectivamente resultará.

¿Cuál es la siguiente fase; qué tenemos que hacer a partir de ese momento?

Nada. La séptima fase es el descanso. No volvemos a pensar en todo ello. Si estuviéramos continuamente dándole vueltas, estaríamos incorporando nuevos sentidos y, por tanto, perturbando. Dejamos que suceda por sí mismo. Es la fase de **realización**, de Maljút. Si la forma está correctamente construida se materializará en Maljút.

Algunas reflexiones sobre este proceso:

Nuestras intenciones tienen que ser conformes con la voluntad divina. Si uno no se ciega, sabe internamente si lo que pide está bien o no.

La fase de discriminación de Guevurá es fundamental: saber si eso que pedimos lo queremos de verdad. Como aconseja el dicho: “Ten cuidado con lo que pides, no lo vayas a conseguir”.

Hay, por tanto, que hacer muy bien esta fase y con los errores aprendemos. Las lecciones de la vida se aprenden en Maljút, pero vienen del pilar de la forma, de Guevurá o Biná, pero principalmente de Biná, que es donde está la idea de nuestro Tikún: de nuestra rectificación, de lo qué tenemos que hacer en esta vida, de dónde está el poso de nuestras vidas anteriores, de los decretos fijos (de lo Alto) que puedan pesar sobre nosotros. Hay cosas que por mucho que nos empeñemos no vamos a cambiar por este procedimiento porque a lo mejor se trata de un decreto fijo que sólo la Divinidad puede modificar.

Todo ello está incorporado en nuestra estructura y tiene que ver directamente con nuestra tarea en la tierra. No podemos interferir con eso. Por tanto, es necesario un ejercicio constante de discriminación.

Para practicar es conveniente empezar con intenciones pequeñas, normales, sencillas, cosas que estén en lo que podríamos llamar nuestra esfera de accesibilidad, que podamos tener de una forma razonable. Sin embargo, tampoco debemos limitarnos más de lo necesario. Discriminación de nuevo. La ley dice: **Un pensamiento negativo no puede dar nunca resultados positivos.**

En lo que se refiere a otras personas, **nunca se puede atentar contra su libertad, ni intentar manipularlas** en modo alguno en aras de nuestras intenciones, aunque aparentemente éstas sean correctas. Esa es la frontera que separa la magia blanca de la magia negra.

La maestría está en el manejo positivo de nuestra propia vida.

El Rayo Relampagueante arroja también mucha luz sobre el desarrollo humano, que se puede seguir en sus fases desde que el niño nace hasta que en su proceso de crecimiento llega a Maljút.

Un niño está engendrado por su padre y por su madre, como es obvio, que van a representar a Jojmá (padre) y Biná (madre).

Hay siempre un tercer elemento por encima de ambos, que es Kéter, en el que están contenidos lo que son la propia voluntad de ser y el destino de la persona; o sea, no todo es genético. El código genético proviene del padre y de la madre que se unirán y formarán un nuevo ser, a lo que hay que añadir esta fase trascendente de la voluntad superior que determina qué va a hacer esa persona.

Por supuesto, el Tikún de la persona es totalmente coherente con el código genético – las tres sefirot supremas actúan al unísono a través de Daát – pero contiene mucho más.

El Tikún en cábala es una noción con similitudes a lo que en el pensamiento oriental se conoce como Karma. En realidad, incluye a éste, pero es un concepto más amplio (al menos en la comprensión usual del término) posiblemente abarcando tanto el Dharma como el Karma. El Tikún, siendo también la consecuencia de las acciones, al mismo tiempo contiene la idea original de lo que tenemos que hacer en la vida, tarea

que después está condicionada por todas las acciones que hemos realizado, con consecuencias positivas o negativas.

El Tikún empieza en la mente de Dios. Es una concreción del Plan Divino, tanto referido a un individuo concreto como al conjunto de todo. Es la tarea para la que hemos venido a la tierra, que consiste en primer lugar en la rectificación de la propia vasija, es decir, la liberación personal (o salvación, según el lenguaje), pero que además incluye otras tareas en relación con el conjunto de los seres humanos y la evolución general social, planetaria y cósmica.

El Tikún personal es la rectificación que todos tenemos que hacer para alcanzar los objetivos para los que estamos encarnados – llegar a Kéter, idealmente –. Eso termina, por así decir, con nuestro proceso de evolución particular (si eso fuera posible). Pero además está el Tikún del mundo, el Tikún Olam, en hebreo, que incluye los seres humanos, al planeta y a todo el cosmos: es la rectificación general para la plena realización del plan divino.

La Cábala afirma que todo ser humano es único y que ha venido a la Tierra a realizar una tarea que sólo él, exclusivamente, puede hacer. Los conceptos de pequeño o grande no entran en esta valoración pues, con frecuencia, se escapan a la comprensión humana.

Seguimos con el ejemplo del desarrollo del niño:

La concepción, la gestación, tiene lugar en Biná, y el nacimiento en sí, incluyendo el corte del cordón umbilical en Daát. De manera que el niño nace a la existencia autónoma cuando cruza el Abismo en Daát

Ese momento es drástico, y todos sabemos de la importancia que tienen las fases perinatales y el modo de nacimiento en la construcción de una serie de pautas muy profundas y básicas de la personalidad.

Jésed corresponde a la primera fase, en la que nos encontramos en principio con que el niño es profundamente inconsciente de sí mismo. Fundamentalmente, aparte de dormir, mama, y comprobamos que experimenta una fase de expansión muy rápida, porque en poco tiempo aumenta mucho de tamaño y de peso.

En Guevurá empiezan a actuar una serie de límites: el bebé puede despertarse empapado y molesto a media noche, y puede sentir hambre, y empezará a llorar con vehemencia (como una reacción frente a esos límites).

Y, por supuesto, además de los procesos naturales empiezan a actuar los afectos y modos de comportamiento de las personas a su cargo, en general los padres.

Tenemos entonces prácticamente desde el principio el par Jésed – Guevurá en acción: es lo que hablábamos (en la lección sobre las tres columnas) sobre la necesidad de encontrar un equilibrio entre las energías expansivas y las energías limitadoras. Como principio, no podemos irnos demasiado ni a un lado ni al otro, sino procurar conseguir un equilibrio

Es bien sabida la importancia que tiene en el psiquismo del niño la construcción de la personalidad en la llamada fase oral. Muchos comportamientos que luego se reproducen provienen de esta fase. Hay que tener en cuenta que en ella se están construyendo las pautas profundas del subconsciente personal. Y esas pautas de conducta y de reacción van a ser después automáticas para el individuo.

A un niño no se le puede consentir todo, ni prohibir todo, hay que encontrar el punto medio. Si se le da una educación muy permisiva, luego puede tener una serie de carencias a la hora de asumir las dificultades de la vida (ya que no ha desarrollado

propiamente su Guevurá). Podría recurrir a comportamientos regresivos cuando en la edad adulta tuviera que encararse con situaciones problemáticas, buscando evadirse por todos los medios: regresar, por ejemplo, a la fase oral, carente de problemas, en la que uno se podía “beber” la realidad sin necesidad de enfrentarla, como si estuviera adherido a un gran pecho, para reproducir ese estado de confluencia no problemática con la realidad como cuando después de mamar el niño, al quedarse saciado, se vuelve a quedar dormido. O desarrollar una personalidad autocompasiva que siempre se considera una víctima de las circunstancias y de los demás. O simplemente buscar huir de todo tipo de compromisos y responsabilidades en general.

Recordamos el principio de que el Árbol se acaba equilibrando a sí mismo. Cuando uno no pone los límites, la vida se los acaba poniendo.

Sin embargo, en la educación tampoco se puede tener una actitud excesivamente restrictiva. Si a un niño se le ponen demasiados límites – exceso de Guevurá – se le puede crear una identidad indefinida. El niño nunca va a saber quién es. Con un exceso de severidad, el niño no ha podido desarrollar nada suyo de una forma autónoma, espontánea. Puede desarrollar una fuerte armadura de carácter, tener problemas de autoestima, etc. Un individuo muy reprimido o con una falta crónica de atención y afecto desarrolla una identidad insegura. Puede que la persona busque compensación hacia la misericordia en otras áreas, y el recurso a la glotonería o el ejercicio de autoritarismo despótico sobre aquéllos por debajo de él son sólo dos posibilidades.

Luego es muy importante el equilibrio en estas fases tempranas, porque la identidad de un niño se desarrolla como un equilibrio entre ambas sefirot. Tiféret, es el resultado del equilibrio entre Jésed y Guevurá. Los padres además de ser protectores y suministradores son el Tiféret del niño, están en el lugar del self del niño. Porque él no es autónomo, no puede pensar ni actuar por sí mismo; es pura reacción; las decisiones las tienen que tomar los padres.

Por ejemplo: El niño empieza a andar, y se puede caer y dar un golpe. Los padres hasta cierto punto no pueden impedirlo. Tiene que caerse alguna vez para aprender. Pero al mismo tiempo los padres tienen que estar con él y apoyarle para que no se frustre cayéndose siempre, pues entonces podría dejar de intentarlo.

Jésed le empuja a andar y Guevurá le impulsa a caerse para aprender bien.

En esta interacción con sus padres y con las personas que le rodean, y también con el mundo exterior – llevarse cosas a la boca – el niño va adquiriendo conciencia de sus posibilidades y va construyendo una primera identidad, que en principio es una identidad muy corpórea, nada mental en absoluto.

Esta fase llevaría al niño en el Rayo Relampagueante a establecerse en Tiféret. Es cuando decimos que el niño es el sol de la casa, porque realmente resplandece con la integración que ha alcanzado. Es un nivel de conciencia que en el camino del ascenso siempre estamos pensando en recuperar: el volver nuevamente a Tiféret como un niño nuevo, pero ya con nuestra conciencia evolucionada.

Nétsaj es la autoexpresión que se desarrolla al principio, como es lógico, de una forma poco diferenciada: quiero algo, no lo consigo, lloro. Las primeras expresiones emocionales suelen pues aparecer como reacciones inherentes al hecho de tener un cuerpo, querer llegar a algo y ser imposible alcanzarlo. Así, el niño empieza a desarrollar su Nétsaj, su naturaleza emocional, que poco a poco va enriqueciendo y desarrollando en la interacción afectiva con sus padres, hermanos y, en general, con la atmósfera que le rodea.

Hay que tener en cuenta – tanto en esto como en todo lo anterior – que no todo es estímulo/respuesta. Desde el punto de vista de la Cábala, siempre está presente ese tercer factor del que hablamos antes, de forma que un niño tiene unos padres que son los adecuados para desarrollar su Tikún. Así, va a tener las experiencias apropiadas, sean fáciles o difíciles, para aprender la lección que necesite. Por eso tampoco pueden establecerse normas fijas respecto a que si se dan unas circunstancias necesariamente el niño va a reaccionar de la manera predeterminada. No estamos hablando de máquinas. Hay una parte que sí es mecánica, pero siempre bajo un plano o un diseño superior. (A lo mejor la tarea del niño es enseñar al o los padres y no a la inversa).

Las primeras manifestaciones del niño son reactivas del tipo Guevurá, pero poco a poco van pasando por el filtro de Tiféret y va desarrollando una individualidad. Empieza a tener emociones propiamente dichas, sometido a múltiples influencias. Entra en Hod, que es el intelecto en general y la planificación y modificación de las emociones, cuando ya tiene que aprender que no va a conseguir todo de inmediato, y que tiene que desarrollar determinadas estrategias. Por ejemplo: Si el quiere un dulce tiene que aprender que primero tiene que tomar el puré.

Empieza a operar en él un segundo pensamiento, que sería el primer Hod. Entra de lleno en esta esfera cuando desarrolla el lenguaje y empieza a vivir el mundo mentalmente, y eso va a ir adquiriendo una importancia creciente.

De nuevo, Hod y Nétsaj actúan conjuntamente, como un par polarizado. Al principio la preponderancia es de Nétsaj porque domina la afectividad. Después Hod va adquiriendo un peso cada vez mayor.

Además, el niño va construyendo lo que sus arquetipos personales. Por ejemplo: Si es varón desarrolla una imagen de la feminidad basándose en la relación con su madre, y también en lo que se dicen se debe hacer, como que los hombres no lloran. Quizá así empieza a reprimir algunas emociones – suprimir determinadas conductas – cuya energía va a parar a su sombra o a su arquetipo contrasexual, en estas fases en forma germinal.

El pleno Hod pleno empieza con la escolarización: por lo general, moldes fijos y rígidos. Empieza a enculturarse, a introducirse en su cultura, a interiorizar unos modelos muy fijos tanto de ver el mundo como de comportamiento.

El primer Yesod es la imaginación infantil que es puramente visual y que además no distingue claramente entre fantasía y realidad. Es una facultad que luego – la imaginación visual – se pierde por exceso de Hod, de inteligencia verbal. Y también por la presión social.

Empieza también a formarse el ego del niño como resultado del juego de su Hod y de su Nétsaj, pero también de su Tiféret, ocupado en gran medida por sus padres, que empiezan a decirle quién es él, qué es lo que debe ser y lo que no debe ser. Así empieza a formarse una imagen mental de sí mismo, con la que acaba identificándose. El ego se ha constituido hacia los 7 años.

Las fases siguen desarrollándose siguiendo en cuanto a su duración una curva logarítmica más que lineal. La adolescencia es una fase puramente Yesod: la crisis de la pubertad conmueve, sacude, todo el fundamento del chico/a y tiene que volver a reestructurar toda su identidad.

Ésta, al mismo tiempo, es una fase de fuerte autoafirmación. El chico empieza a tener sus amigos, a veces en contra de lo que sus padres quieren; empieza a formar sus propios grupos sociales de referencia, sus propias identificaciones, empieza a discutir (a veces sobre todo) con sus padres. Es una época difícil que tiene además una

componente narcisista: tenemos, por lo general una persona presumida, muy pendiente de su imagen, de cómo le ven los demás; además es vanidosa, susceptible, salta por nada. Eso es ego, eso es Yesod.

El joven entra en Maljút cuando tiene que independizarse y buscar su propia vida, para lo cual tendrá seguramente que reestructurar su fundamento. Siempre hay pequeñas fases y en cada sefirá hay otro Árbol completo. Se puede llegar a afinar mucho pero ahora nos importan las fases generales.

En Maljút termina el Rayo Relampagueante, ¿y qué sucede entonces? Descanso. La evolución sefirótica de la persona termina. Por supuesto que la persona sigue evolucionando siempre, pero no de una forma estructural, a no ser que haga un trabajo personal fuerte o que las experiencias positivas y negativas le impulsen en esa dirección.

El individuo ha encontrado su vida, ha encontrado su propio espacio en la sociedad, construye una familia, tiene su ego, su subconsciente, sus metas... pero en general vive el mundo hacia el exterior. Un exterior muy estable.

El Rayo Relampagueante ha llegado al punto de reposo. Aunque no siempre las cosas son tan fáciles: mucha gente no se siente cómoda con su vida y se pregunta: ¿por qué soy infeliz?

Por alguna razón, el individuo se siente marginado, separado de los demás, tiene conflictos internos que no ha resuelto, simplemente nota que le falta algo. O mucho. Y quiere entender.

Hay una segunda posibilidad: rodear el nadir, dar la vuelta en Maljút y empezar a ascender por el Árbol, con la profundización y evolución de la Conciencia.

Es éste un proceso que todos tenemos que hacer. Es el sentido de la evolución, que tiende hacia la individualización creciente en el sentido del self (no confundir con el individualismo). Aunque el nivel promedio es el que hemos descrito – el nivel del ego mental – no todos los seres humanos van al mismo ritmo. Hay algunos que han completado otras fases evolutivas y son como una avanzadilla para el resto, ayudando a los demás.

El esquema general tiene entonces dos partes:

La primera es la llamada involución, que es el descenso por el Árbol – por los planos de la realidad desde el más exaltado en En Sof – en el que el individuo va adquiriendo cualidades, características; se va dotando de las cosas que necesita para realizar esa tarea personal, su Tikún.

Y la evolución es el camino ascendente siguiendo el Rayo Relampagueante a la inversa. Ésta parte es más complicada, no tan lineal como lo descrito hasta ahora – hay un sentido de la entropía que invertir – con innumerables subidas y bajadas, posibles reencarnaciones, etc.

Y en la involución, en el descenso, hay un momento fundamental que se produce al llegar al punto más bajo en Maljút, en donde está el nadir. Para volver a ascender plenamente hay que rodear el nadir.

Intentar ascender por el camino involutivo es evasión. No se puede volver por el sendero de ida, por el camino de la regresión, por las fases prepersonales de la conciencia. Es necesario ascender por el camino de la evolución, de la conciencia personal a la transpersonal, y para eso hay que rodear el nadir.

Nadir es el punto donde se llega al máximo de materialidad, donde se llega al máximo de densidad. Posiblemente entonces nos choquemos frontalmente con muchas cosas de la vida.

Rodear el nadir puede ser una experiencia muy desesperante, porque la vida no es como no es como nos la imaginábamos, porque ¿acaso hay ideales, triunfa la verdad, triunfa la justicia, no son los intereses económicos regidos por la codicia insaciable el motor de la historia y de la sociedad, y qué hacemos nosotros aquí, etc.?

Podemos entonces buscar mecanismos de evasión, incluso intentar ascender por el Árbol por el sendero involutivo buscando en la espiritualidad un manera de no confrontar las realidades de nuestras vidas. Desde el punto de vista de la verdadera espiritualidad eso no puede funcionar. A lo más que vamos a llegar es al sueño de la conciencia iluminada en Yesod, no a la conciencia en sí. Todo lo que está sin resolver, todo lo que constituyen evasiones de la realidad, va a estar continuamente presionando hacia abajo e impidiendo que lleguemos realmente lejos en el sendero espiritual porque carecemos de fundamento.

Yesod es adoptar la mentalidad de víctima, echar siempre la culpa a los demás, a las circunstancias, a todo. Hay que tener en cuenta que aceptación nunca es resignación. Tenemos la obligación de cambiarnos a nosotros mismos y al mundo, trabajar por la realización del Tikún. Simplemente aceptando donde estamos en realidad y a partir de ahí ir construyendo, evolucionando por el camino del autoconocimiento, la individuación y el compromiso. Eso es rodear el nadir.

Para poder ascender por el Árbol es necesario tener una estabilidad, una madurez, un ego consolidado, unas emociones más o menos equilibradas, un intelecto no desmedido... y entonces se pueden abrir las puertas de los mundos superiores sin correr el riesgo de fundirnos por el exceso de potencial. Hay que estar bien anclado en la Tierra.

Rodear el nadir es ser capaz de transformar la desesperación en aspiración invirtiendo el flujo para poder seguir el sendero de retorno.

El sentido natural de la vida es evolucionar, individual y colectivamente. Cada uno puede hacerlo de muchas maneras, cada uno tiene sus lecciones que aprender y no se puede juzgar nunca la evolución de otra persona porque nunca tenemos la imagen completa. Es importante darse cuenta de que aunque nosotros no seamos conscientes, nuestro yo superior nos esta guiando en el camino, generando acontecimientos, provocando las experiencias necesarias, con frecuencia en contraste con nuestra orientación consciente.

Toda la creación está evolucionando al igual que todos los seres humanos, sumergiéndose hasta el máximo nivel de diferenciación para actualizar todas las potencialidades del espíritu.

Cuando hemos cumplido con todo ello somos seres realizados y podemos asumir nuevas fases.

MEDITACIONES

La cabalá es un sistema de causalidad descendente. Tiene estructurada una jerarquía del ser desde el Infinito (En Sof) hasta el mundo de la multiplicidad de seres que interaccionan en el plano espacio temporal de los sucesos. Y lo que sucede en este plano es reflejo de acontecimientos y realidades en los niveles superiores, que son los

verdaderamente causales respecto de lo físico. Los hechos, los fenómenos, se generan en estos planos y siguen la dinámica descendente del Árbol de la Vida, tal como hemos visto en el esquema del rayo relampagueante.

Esto quiere decir que si queremos ser nosotros mismos verdaderamente causales, con conciencia, cocreadores y participantes activos en el Plan Divino, cuanto más nos remontemos en el Árbol de la Vida, más cerca estaremos de la raíz última de las cosas y, por tanto, más posibilidad tendremos de ocasionar cambios en consonancia con la Luz. Esto se refiere tanto a nosotros mismos como a acontecimientos concretos.

Las meditación que sigue tiene como objetivo entrenarnos en esa dirección. Es una meditación de elevación siguiendo el camino inverso del rayo relampagueante.

En realidad, cuando rezamos estamos de hecho elevando nuestra intención – nuestra petición – idealmente hasta el nivel atsilútico (Divino) del Árbol de la Vida. Es nuestro pensamiento imbuido de kavaná (intención consciente) el que viaja por los planos. Y en la oración contemplativa somos nosotros mismos – en nuestro nivel de conciencia – los que nos elevamos.

Con frecuencia nos quejamos de que nuestras oraciones no son atendidas y ello es porque no hemos establecido adecuadamente la conexión con los planos internos (Divinos).

En primer lugar, apenas trascendemos el plano del ego que es un mecanismo del deseo de recibir, y por tanto en desarmonía con la característica esencialmente dadora de la Luz. Así, nuestra conciencia apenas despega del suelo, por así decir. El ego pertenece al mundo de la fragmentación, de la separación del árbol del conocimiento (Dáat) del bien y del mal. Como mínimo, nuestra atención debe alcanzar hasta el nivel del Dáat unificado para conectar con los Supremos. Eso quiere decir que se ha de trascender la dicotomía sujeto – objeto en nuestra psique para fluir plenamente con la realidad.

Además, en general, carecemos de la concentración suficiente, del foco mental persistente adecuado, ya que es necesario pasar del nivel de la mente – el pensamiento – al nivel del espíritu. Tal como está escrito en Ezequiel 37:9-10: “Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho YHVH Adonai: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo”.

Luego está el tema de la técnica adecuada, tanto de ascenso como de descenso, aunque ninguna técnica funcionará si falta el fuego de la pasión y de la aspiración hacia lo Divino. Y, por supuesto, como se dice en cabalá, Dios siempre escucha las plegarias que se realizan con el corazón roto (el pilar del medio está siempre abierto hasta el mismo Infinito. Somos nosotros los que estamos desconectados.)

Es necesario trascender un prejuicio que por condicionamiento cultural tenemos hondamente arraigado. Y es que si hacemos algo espiritual para alcanzar objetivos cometemos un acto de alguna manera ilegal o ilícito. Se nos enseña que la actitud verdaderamente espiritual es la de ser siempre pasivos, aceptando todo lo que nos venga.

Por supuesto que aceptamos todo lo que nos venga de lo Alto, y una prueba de nuestro grado de trascendencia del ego es nuestro desapego del resultado de nuestras acciones en este sentido. Pero eso no significa que hayamos de ser completamente pasivos, pues es Dios mismo el que quiere que actuemos positivamente como colaboradores (cocreadores) en su Plan. En el Génesis se dice que Dios crea a Adam para guardar y cultivar el jardín. Y también le dice: Creced y multiplicaos y dominad... Claro que si, como afirma la interpretación de la cabalá, aves y peces, etc., son símbolo

de ángeles, etc., lo anterior justifica en su raíz el hecho mágico. Y si Dios ha revelado la cabalá a los seres humanos es para que la usemos, ¡adecuadamente, claro!

Debemos, pues, ser capaces de elevar nuestra intención primero de Maljut hasta el nivel de Zer Anpin (el Rostro Menor – Tiféret) y luego hasta el nivel de los Supremos – Biná, Jojmá y Kéter – pasando por la puerta de Dáat. Idealmente debemos acceder hasta el nivel del Ain, la Nada, hasta el plano del Absoluto, que es el verdaderamente causal, la verdadera morada de Dios. Nosotros este Absoluto, que es Nada de lo que podamos decir o captar, lo percibimos como En Sof, Infinito, y como una infinitud desbordante de Luz dadora y creativa (Or En Sof) que es tanto el agente de la creación como la sustancia de todo lo que es.

Nos parece que la Nada es un nivel lejano y distante, cuando en realidad todo lo permea y es el fundamento del ser. (Tenemos un ejemplo en el vacío – más del 99 % - en la estructura atómica de la materia). Todo cambio pasa por el velo del Ain, de la Nada. Las siguientes citas se refieren a este concepto y al proceso en general que estamos considerando:

“La mente, en sus muchos niveles, comprende al pensador, al pensamiento y a la palabra. Estos se influyen entre sí. La palabra existe en el tiempo. También el pensamiento existe en el tiempo, porque tenemos distintos pensamientos en tiempos diferentes. Hay también una esencia que liga el pensador al pensamiento. Es una esencia que no puede ser captada. Es el atributo de la Nada... Lo mismo es cierto de la transición del pensamiento a la palabra. Es imposible captar la esencia que los une... Para unir a todos entre sí hay que alcanzar el nivel de la Nada.”⁵

“Piensa en ti como nada y olvídate por completo de ti al orar. Ten sólo en mente que estás rezando por la Presencia Divina. Entonces podrás entrar en el Universo del Pensamiento, un estado que está más allá del tiempo. En ese dominio todo es lo mismo, la vida y la muerte, la tierra y el mar... Pero para poder entrar en el mundo del Pensamiento, en el que todo es lo mismo, debes renunciar a tu ego y olvidarte de todos tus problemas. No podrás llegar a ese nivel si te adhieres a cosas físicas mundanas. Porque así te adhieres a la división entre el bien y el mal, que está incluida en los siete días de la Creación. ¿Cómo podrás entonces aproximarte a un nivel por encima del tiempo, en el que reina la unidad absoluta? Además, si te consideras a ti mismo como “algo” y pides por tus propias necesidades, entonces Dios no puede vestirse a Sí mismo en ti. Dios es infinito y no hay vasija que pueda contenerle, excepto cuando un individuo se hace a sí mismo como Nada.”⁶

“Al rezar, hay que poner toda la intensidad en las palabras, yendo de letra en letra hasta olvidarse por completo del cuerpo... Tal es el Universo de Yetsirá, [el mundo de las palabras]... Entonces las letras entran en los pensamientos y uno ni siquiera oye las palabras que está pronunciando. Este es el Universo de Briá, [el mundo del Pensamiento] Se llega entonces al nivel de la Nada, en el que [todos los sentidos y] facultades físicas están anuladas. Este es el Universo de Atsilút, [que es el paralelo de] el atributo de Jojmá.

“Nada puede cambiar de una cosa a otra [sin primero perder su identidad original]... Por tanto, antes de que algo pueda transformarse debe acceder al nivel de la Nada. Así es como sucede el milagro que cambia las leyes de la naturaleza. Primero hay

⁵ Maggid Devarav LeYaakov # 96. Citado de Meditación y Cábala. Pag 322.

⁶ Ibid 159. Meditación y Cábala. Pag 322-323.

que elevar la cosa a la Emanación de la Nada. Entonces viene una influencia de esa emanación para producir el milagro”.⁷

“Cuando alguien contempla un objeto, lo eleva a su pensamiento. Si entonces su pensamiento se adhiere al Pensamiento supremo, lo puede elevar a ese Pensamiento. De ahí puede ser elevado al nivel de la Nada, en donde el objeto mismo se convierte en nada absoluta.

La persona lo puede entonces bajar de nuevo al nivel del Pensamiento, que es algo. Al final de todos los niveles, lo puede transformar en oro”.

Y sobre el proceso general de meditación, he aquí una cita de mi libro El Camino del Árbol de la Vida:

“Lo primero es distinguir entre concentración y meditación. Mediante la concentración se aísla un objeto de todos los estímulos circundantes de modo que constituya el único contenido de la conciencia. Este objeto puede ser algo del mundo externo – una flor, una piedra – o del mundo interno – una idea, una emoción, una cualidad, una virtud, un símbolo, una imagen divina, un Nombre de Dios, el propio sujeto de la conciencia, la nada –. Este proceso de concentración – aislamiento – se llama **Hitbodedut**.

Una vez que la mente se halla enfocada plenamente en el objeto, se puede usar éste como una escalera para ascender primero a los niveles mentales intuitivos, que son supraformales, y después, desde esa nueva plataforma mental (Yetsirá superior/ Briá inferior) ascender a los niveles espirituales superiores. Para ello se deja que el objeto de concentración irradie espontáneamente los muchos contenidos a él referidos, que van progresivamente de lo particular a lo universal, hasta alcanzar la fuente de todo pensamiento (Jojmá). Ese proceso es lo que llamamos meditación **Hagá**. El hilo conductor es la **Kavaná**, la atención dirigida.

La concentración es pues una condición necesaria pero no suficiente para la meditación. La concentración es contracción. Con ella se alcanza un estado de claridad de conciencia, vívida y luminosa. La meditación parte del objeto y lo amplía, expandiéndolo hacia los niveles superiores. Llega un punto en que el alma y el objeto se funden en lo universal y se produce una transferencia de energía, porque la meditación no es sólo un modo de adquirir conocimiento; es también una forma de llenarse de poder espiritual. Esta fase recibe el nombre de **Siaj**. Hasta ahora el meditador ha empujado con Kavaná. Ahora se abandona y recibe.

El estado en el que el meditador se une con lo meditado por la asimilación a su ser de todos los contenidos que el objeto ha irradiado hasta lo trascendente, se llama **Hitbonenut** (Contemplación) El conocedor y lo conocido se funden en Daát, el acto único de Conocimiento, en el que también están unidas las tres sefirot supremas, y mediante el cual las luces de la Sabiduría y del Entendimiento se vierten en el alma.”

Por último, un fragmento de algo que escribí en relación con el paradigma cuántico de la conciencia:

“Pero queda un aspecto importante por tratar: el principio de no localidad. Es el de la vinculación o coordinación de dos sistemas que, desde nuestro punto de vista funcionan como si se produjera una trasmisión instantánea de información. Esto

⁷ Imrey Tzadikim p.19c. Meditación y Cábala. Pag. 323-324.

contradice la física clásica, incluyendo la relatividad, en la que cualquier transmisión entre dos sistemas físicos no puede realizarse a velocidad superior a la de luz. Es decir, las cosas están ligadas a un lugar del espacio-tiempo (localidad) y las interacciones con otros sistemas se propagan a la velocidad máxima de 300000 km/s. No así en la mecánica cuántica, en sistemas que han estado vinculados y por tanto que han sido descritos por una misma función de onda. Aunque dos partes de ese sistema se hallen en un momento dado a una distancia mayor que la alcanzable por la velocidad de la luz, sucede que un cambio en una parte es registrado automáticamente en la otra, la cual cambia también consecuentemente, sin que haya mediado ningún tipo de transmisión por medio físico alguno conocido. Es el principio de no localidad. Está comprobado experimentalmente (por Aspect y otros).

Podría objetarse que este principio sólo funciona para sistemas microscópicos. Sucede, sin embargo, que si el universo todo procede de un Big Bang, en los instantes primigenios este universo era microscópico y un objeto plenamente cuántico, por lo tanto, podemos deducir que esta vinculación no local se da en todo el universo y a todos los niveles.

En línea con el razonamiento anterior, podemos deducir que la vinculación no local se produce al nivel de la conciencia; no de la conciencia egoica, inmersa ella misma en el colapso de la función de onda cósmica, sino de la conciencia primordial, el agente causal del colapso, cuyo medio pleromático es un espacio de pura posibilidad o potencialidad, la cual elige entre todas las posibilidades ésta que llamamos el universo (y que se crea en cada instante, en sincronicidad con los sujetos/objetos, pues estos son el resultado del Daát fragmentado). Así, todo objeto (o sistema, o acontecimiento, etc.) está vinculado con todos los demás en la conciencia a través de la no localidad.

Entendemos que esta vinculación no local – esta ventana no local (como la llama Amit Goswami) que se abre entre todas las dimensiones, a todos los niveles, con tal de que se “ascienda” suficientemente en el nivel de conciencia – es la justificación cuántica de toda la fenomenología mística y esotérica. También nos permite ser creadores de nuestro propio mundo; es de hecho la fuente de la verdadera creatividad, al posibilitar entrar en fase vibratoria con la conciencia universal, y por tanto con el espacio de de superposición de posibilidades antes de que se produzca el colapso que crea el mundo en general, y nuestra realidad en particular.”

MEDITACIÓN DE TRABAJO DE INTENCIONES

He aquí una meditación para trabajar conscientemente la mecánica del rayo relampagueante, un proceso que está funcionando siempre y a todos los niveles de la realidad.

Tomamos una intención concreta (con el tiempo y la práctica comprobaremos que el rango de actuación es prácticamente infinito) y la elevamos por todo el Árbol de la Vida para hacerla descender de nuevo reformulada a la luz de la voluntad superior. Reconocemos con ello que la verdadera causalidad opera de arriba abajo y recorremos todo el camino sin cortocircuitos intermedios con lo que siempre se obtendrá lo mejor a la luz de la voluntad y el pensamiento divinos.

Tenemos así una intención concreta pensada de antemano: algo que queramos conseguir, una situación que queramos modificar, alguien a quien queramos ayudar, algún conflicto interno, o trauma, o bloqueo, etc. En lo que sigue nos referiremos globalmente a esa intención junto con su contexto como “la cuestión”.

Es importante que realicemos todo el trabajo en el contexto meditativo adecuado, para lo cual empezamos por Abrir el Templo y relajarnos convenientemente.

Después utilizamos un procedimiento para delimitar claramente el principio y el final de la meditación propiamente dicha. Puede ser el siguiente:

Nos visualizamos arriba de una escalera de 10 peldaños, que vamos bajando lentamente siguiendo la cuenta:

10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1,

Damos unos pasos, visualizamos ante nosotros unas puertas – las puertas de la imaginación creativa – y las abrimos con suavidad. Cruzamos al otro lado. Nos encontramos en un espacio interior cálido y luminoso en el que nos sentimos acogidos y confortables.

Cuando lo creamos conveniente comenzamos la primera fase de elevación de nuestra intención por el Árbol de la Vida, siguiendo aproximadamente las siguientes líneas (que podrán ser adaptadas por cada cual para adecuarlas a su situación personal):

Maljút: El estado actual de la cuestión, tal como la experimentamos ahora. Es el punto de partida. En esta esfera, nos ponemos en situación. Nos narramos a nosotros mismos lo que sucede y nos repetimos claramente la intención.

Yesod: El entramado. Lo que hay detrás de la cuestión. Aspectos subconscientes, no manifestados abiertamente. Aquí visualizamos detalladamente, si es pertinente. Vivimos la situación como una película, en presente. Nos dejamos llevar, permitiendo una dosis de actividad espontánea de la imaginación creativa. Vemos las dinámicas en juego.

Hod: Aspectos mentales. Análisis racional de la cuestión. Separamos los temas. Consideramos todos los aspectos desde el punto de vista lógico. Personas implicadas, razones, causas... ¿Qué pensamos nosotros? ¿Cómo pensamos nosotros que son las cosas? ¿Qué piensan los demás? ¿Cómo piensan ellos que son las cosas? ¿Qué estrategias hay en juego? ¿Cuáles son las explicaciones?

Nétsaj: Emociones implicadas en la cuestión. Las dejamos ir en su estado puro, sin filtros. ¿Qué sentimos? ¿Cuáles son las emociones de los demás? ¿Qué emociones hay suprimidas? Las asumimos. En esta fase hay que implicarse personalmente y sentir.

Tiféret: La esencia. ¿Cuál es el centro de la cuestión? ¿Qué está pasando de verdad? Operamos desde la intuición, sin pensamientos, ni sentimientos. En esta fase entramos en el plano de la mente abstracta. Nos dejamos iluminar desde dentro. Dejamos que surja la verdad, sin evasiones. ¿Cuál es la verdad de la situación, nuestra verdad, la de los demás? ¿Hay algo que tengamos que sacrificar?

Guevurá: El juicio. Diseccionamos. Somos rigurosos y precisos. Hacemos un juicio exacto de la cuestión. Discriminamos y separamos. ¿Cuál es nuestro deseo profundo? ¿Qué cosas hemos causado con nuestra actitud? ¿Dónde ponemos o hemos puesto los límites? Consideramos la energía negativa. Si hay energía negativa manifestándose es porque de un modo u otro predomina el deseo de recibir. Observamos entonces nuestro deseo de recibir, de recibir sólo para nosotros mismos, y establecemos cuándo, dónde y cómo ha prevalecido o prevalece. ¿Es ético lo que queremos conseguir?

Jésed: La misericordia, la gracia. Somos ahora el abogado defensor. Adoptamos el punto de vista de la justificación, del perdón. Consideramos la energía positiva de la situación, es decir, desde el punto de vista del dar. Un dar gratuito, totalmente libre de la necesidad, de la carencia. ¿Qué hemos dado, qué damos? ¿Quién se beneficia de obtener lo que deseamos? ¿De qué modo se benefician otros de que la cuestión se resuelva positivamente? ¿Cuál es nuestra medida de preocupación por el bien de los demás? Abrimos el corazón. Liberamos, permitimos, dejamos ser.

Biná: Damos un salto cuántico. Aquí vamos a ponernos en el lugar del otro. Si hay varios implicados, hacemos lo propio de uno en uno. No nos preguntamos cómo se siente ser X, persona, animal o cosa. Somos X. Dejamos que de esa identificación brote un entendimiento profundo de la cuestión, de las necesidades de todo, y nos apresuramos a satisfacerlas como una madre providente. ¿Cuál es el karma de la situación (de esta o de otras vidas)? ¿Qué lecciones hay que aprender? Ampliamos el contexto de la cuestión y la medimos por estándares cósmicos. Consideramos la situación desde todas las perspectivas simultáneamente. La consideramos inmersa en la totalidad, imbricada en la matriz espacio – temporal de la existencia.

Jojmá: Trascendemos la situación y la sacamos del mar espacio – temporal, pasándola al marco de lo eterno. ¿Cuál es la raíz divina de nuestro problema? Vemos la cuestión como un símbolo, un arquetipo en la mente y el ser de Dios. La reducimos a conciencia pura, la fundimos en un todo transparente y translúcido de omnisciencia, saturándola de Presencia Divina. Aquí no hay egos, no hay cosas, todo es pura potencialidad, semilla energética, creatividad desbordante como expresión de la propia vida divina, en un estado de gozo, beatitud y placer completos.

Kéter: La esfera del Uno. La cuestión, nosotros, los demás, el contexto y toda la realidad son ahora pura Luz Divina. No hay oposiciones, no hay polaridades, todo es simplicidad extrema, en un estado de voluntad pura que en su superabundancia proyecta y reabsorbe los mundos, sin disminución de su ser absoluto. Entramos en la esfera de la Luz Infinita que es la esencia y sustancia de todo: un océano de luz en el que sólo hay plenitud y satisfacción absolutas, en el que todo deseo está colmado a rebosar.)

...

Y esta Luz es infinitamente fértil. Todo lo contiene. En ella todo es posible. Y es mediante la conexión con la Luz, es decir, con la plenitud, con la alegría, con la superabundancia dadora del Uno, como se van a reformular inmediatamente todas las situaciones en un sentido positivo.

Porque mediante ese vínculo la propia voluntad divina se reviste, por así decir, con la nuestra. Si alineamos nuestra voluntad con la voluntad divina, Dios hará nuestra voluntad, elevada ahora al plano más elevado. Podemos así visualizar la voluntad divina revistiéndose con nuestra intención (Kéter).

Y esa voluntad aplicada a nuestra intención se expresa como Sabiduría, como la energía del propio Pensamiento Divino, al que nada puede obstaculizar, que todo lo logra y alcanza por el camino más directo y certero. Contemplamos nuestra intención como Conciencia - Energía, tal como es reformulada a la luz de los arquetipos del Espíritu (Jojmá).

Y la Madre Divina en Biná, con su Entendimiento profundo, recibe esa idea seminal y la formula, la crea en la matriz cósmica de la Mente Universal, en relación

con todas las cosas y proveyendo de los mejores medios necesarios para su realización final.

Visualizamos las tres esferas superiores del Árbol como una, pulsando con Luz Infinita, y en esa luz está nuestra situación redefinida. No hay supresión; hay recreación; hay una nueva Sabiduría y un nuevo Entendimiento, todavía a un nivel espiritual, muy abstracto, pero causal.

Contemplamos ahora cómo el rayo relampagueante cruza el abismo de Daát y alcanza la esfera de Jésed, en donde está la energía positiva y expansiva, y todo el bien que la situación depara. Nos llenamos del amor de Jésed y observamos cómo aparece la cuestión redefinida desde esta perspectiva. Observamos qué imágenes, ideas o sensaciones aparecen en nosotros en relación con nuestra intención.

Ahora entramos en la esfera de Guevurá y contemplamos desde el punto de vista de la Fuerza, del Poder y del Juicio cómo se ha reformulado la situación. ¿Dónde están los límites? ¿Dónde hay que ejercer resistencia? ¿Dónde hay que decir no? ¿Dónde aplicar una fuerza de voluntad inquebrantable? Observamos.

Y ahora entramos en Tiferet, en el centro. Contemplamos nuestra intención renovada en su ser, en su verdad, brillando, irradiando su luz. Meditamos. Vemos claramente qué vamos a dar a cambio, qué es lo que la nueva situación requiere de nosotros. He aquí la respuesta a nuestras demandas, una respuesta ya constituida, equilibrada, en la armonía, el respeto y el bien para todos, si bien todavía en un plano ideal, abstracto, de la esencia.

Para que esa esencia central se realice plenamente es necesario dotarla en primer lugar de emoción. Entramos en la esfera de Nétsaj y sentimos todo lo relativo a la cuestión tal como la vemos ahora. Lo vivimos en primera persona. Nos implicamos personalmente. También vivimos los sentimientos de los demás. Abrimos nuestra actitud. Cargamos nuestra intención con todo nuestro deseo. Nos apasionamos.

Ahora meditamos desde el punto de vista de Hod, el intelecto: Contemplamos los detalles, las decisiones que vamos a tomar, las palabras que vamos a decir. Contemplamos el diseño concreto, el plan de los acontecimientos, tanto respecto a nosotros como a las personas implicadas, siempre en tiempo presente.

Ya está hecho. Contemplamos la intención en la matriz astral como ya realizada, con una percepción visual lo más rica posible, aunque sin esforzarnos por ello. Más bien aguardamos el feedback cargado con la convicción, con la seguridad de que ya está alcanzado y va a suceder (Yesod).

Por último, descansamos y lo dejamos estar. Hemos plantado una semilla y fructificará. El universo la gestará y madurará. Descansamos con la satisfacción del trabajo bien hecho y el agradecimiento a la Luz por toda la experiencia (Maljut).

Hemos de revertir ahora todo el proceso de apertura. Tras reubicarnos mentalmente cruzamos de nuevo las puertas que abriéramos al principio y las cerramos con suavidad detrás de nosotros. Ascendemos por la escalera contando los peldaños, esta vez de 1 a 10. Después hacemos algunas respiraciones profundas y retornamos plenamente a nuestro estado de conciencia habitual. Cuando lo estimemos conveniente abrimos los ojos. Por último cerramos el Templo.

No nos olvidamos de tomar las notas pertinentes en nuestro diario mágico.